

CONVERSACION CON CARMEN CONDE

ITINERARIO VITAL

EN la palabra escrita está toda la voz, toda la personalidad del escritor, del poeta; pero cuando la palabra es diálogo, conversación, rememoración, falta entonces el gesto, el timbre, el matiz de las dulces, suaves, nostálgicas o apasionadas inflexiones que la voz humana produce. Tiene Carmen Conde el don de la palabra —no ya sólo escrita, que esto es obvio— sino de la palabra hablada. Sabe hablar tan bien como escribir, porque su pensamiento es uno, su corazón es uno y en ella vida y obra es una misma y magnífica cosa. Transcribo aquí la palabra de Carmen Conde, recogida por el milagro técnico del magnetofón en dos tardes de sus dos ciudades más entrañables: Cartagena natal; Murcia, en la que vivió durante años, doloridos años tal vez, y a la que siempre regresa, sencillamente porque la ama.

En Cartagena se desarrolló la conversación en un tiempo que era invierno y el puerto estaba quieto y silencioso, sin movimiento de barcos. En Murcia fue en primavera, estaba el mágico eco de los pasos de Salzillo, de la procesión de Viernes Santo —que nuestra poetisa había presenciado emocionada— extendiéndose aun por las esquinas mansas de la ciudad).

—Mi niñez en un principio fue muy grata. Yo nací en Cartagena, en la calle de la Palma número dos, primera casa a la derecha primer piso. Cuando he regresado ahora he visto con tristeza que la casa se estaba cayendo. Sentí muchísimo no poder decir ¡Voy a comprarla!... Cuando yo nací mis padres tenían un negocio de muebles y joyas. Tenía mi padre mucha gente a sus órdenes y varios carruajes de aquella época, que no eran



coches, eran galeras y tartanas. Vivíamos muy bien. Hasta 1914 fui una niña que lo tuvo todo; porque por tener, recuerdo que un día de Reyes mi padre me llamó y dijo: "Nena, asómate al balcón". Y allí había un cochecito precioso y una burrita que se llamaba "Polvorilla". Yo me paseaba por toda Cartagena muy alegre, con los chiquillos... Pero, después, mi padre tuvo una quiebra; no quiebra en la manera oficial, porque él no quebró, él liquidó sus efectos y quiso dejarme a mí un nombre y un apellido limpio, que yo procuro devolverle un poquito más limpio todavía si cabe. El no quiso más que liquidar todos sus efectos y pagarle a la gente que estaba a sus órdenes; los que eran dependientes, criados, cocheros... Pagó a todo el mundo, cogió el camino y se marchó a Barcelona. Coincidió entonces allí con que hubo un tifus enorme. Se asustó el pobre hombre y no sabiendo donde ir, porque no quería volver a Cartagena, pues se marchó a Melilla, donde había otros cartageneros amigos suyos que ya se movían con negocios. Yo me quedé unos meses con mi madre, en casa de un hermano de mi madre. Mi tío fue muy bueno conmigo y mi primo, Antonio Abellán, es para mí el hermano que me negó la naturaleza. Pero yo no podía vivir sin mi padre, mi primo me consolaba, jugaba conmigo; era un padrecito para mí. Inolvidable.

Después de aquella ausencia que a mí me hizo tan desgraciada, nos marchamos a Melilla, donde viví desde 1914 a 1920, poco antes de derribarse la Comandancia. Allí, mi padre, después de otras tentativas desafortunadas de negocios —porque hay que reconocer que más bien parecía un poeta que un hombre de negocios— empezó a trabajar en lo que había sido su oficio de toda la vida y su menester, joyero. Enfermó, no tenía salud, aquel clima no le sentaba bien y decidió volver a Cartagena. Aquí volvimos a ser desgraciados por las incidencias económicas de mi padre, y así transcurrieron muy pocos años en que yo aguantara aquella situación de no saber qué hacer. Mi madre, una estupenda mujer, quería que su hija aprendiera todo lo que debe saber una mujer para ser mujer de su casa. La hija aprendió todo lo que debe saber esa mujer de su casa, pero además tenía otros sueños, escribir.

Como la vida del que empieza a escribir, ni al principio ni al remate, es muy buena económicamente, pues creí que debía ponerme a trabajar. Y fui quizás de las primeras muchachas que se pusieron en Cartagena a trabajar. La constructora Naval convocó unas oposiciones en las que solicitaban señoritas como auxiliares de la sala de delineación. Yo hice aquellas



oposiciones y las gané, pese a tener entonces sólo 15 años. Allí estuve hasta 1930. En ese año conseguí mi título de maestra.

El Ayuntamiento de Cartagena, a instancias del dueño de "El Porvenir", donde yo publicaba mis primeras cosas, en solemne sesión acordó concederme el dinero para la matrícula y los libros. Pero yo tenía entonces que seguir trabajando y estudiando. En fin, como Dios me dió a entender, con mucho sacrificio, hice mi carrera.

En el año 27 conocí a un poeta joven que había vivido en Madrid, amigo de Juan Ramón Jiménez. Desde ese año y hasta 1968 en que murió no nos separamos nunca. Ya nuestra vida fue común. Las alegrías, los sinsabores, que fueron muchos en determinados tiempos, también los compartimos. Me casé el 5 de diciembre de 1931 en la parroquia de San Diego. Fue la última boda que se hizo estando el juzgado junto con la iglesia; a partir de esa boda la gente se casaba por el juzgado o por la Iglesia.

Como novios fundamos la Universidad Popular de Cartágena. El me dijo: "Me gustaría fundar una Universidad Popular en Cartagena, porque la de Murcia queda muy lejos". Y es que no quedaba a 50 kilómetros de distancia, sino a centenares de kilómetros quedaba entonces de lejos la Universidad. Pensó Antonio que haciendo una cosa más modesta estaría más cerca del pueblo y podría impartir una serie de enseñanzas y establecer una serie de contactos con la cultura española y universal. Nos regalamos la creación de la Universidad Popular como regalo de novios. Así empezó.

La Universidad Popular marchó hasta el año 1936 de una manera efectiva. Cuando comenzó la guerra sufrió sus pequeñas vicisitudes. Me enteré que la habían incautado. Yo estaba fuera, mi marido estaba en el Frente como correspondía a quien quería defender en la República al pueblo que se la había dado a sí mismo por votación abierta y libre. El gobernador de Murcia era don Luis Cabo Giorla, que tiene un triste recuerdo para Murcia y para todas las personas sensibles. Me fuí a ver al gobernador y le dije: "Me parece una canallada inmensa que una obra que se ha creado para el pueblo y que nadie se ha beneficiado de ella más que el mismo pueblo se haya incautado nadie de ella". El hombre me contestó que si lo que declaraba era cierto lo remediaría, pero que si no, que me atuviera a las consecuencias. Pero yo estaba dispuesta a lo que pasara porque lo que yo había dicho era la verdad. Levantó el arresto y yo ya no sé cómo funcionó. En los primeros días de 1936 me marché de Cartagena. En el tiempo de la guerra no sé lo que pasó, supongo que no se haría nada. Si sé que el



primer acto que se hizo en Cartagena después de la guerra fue quemar la Universidad Popular, no sé quién ni quiénes.

¿Mi influencia de la guerra? Si yo dijera que me influyó para bien sería que me había beneficiado espiritualmente, no. Pero fue una circunstancia histórica de tal magnitud y gravedad que lo que hizo fue transformar completamente mi vida. Yo era hasta entonces una adolescente y me convertí en una mujer madura y en una mujer consciente. Supongo que esto le debe ocurrir a todo el mundo que pasa por una desgracia. Cuando se muere un ser querido tú no eres el mismo ya mañana. Has tenido un profundo dolor y has adquirido una experiencia de la vida. Yo aquella experiencia de la guerra civil la llevaba sobre mí como el que lleva una losa. Yo me rebelé siempre contra la guerra civil, absolutamente siempre, y me seguiré rebelando contra todas las guerras, porque yo soy enemiga de la muerte violenta por medio de armas. Con la palabra hay suficiente para entenderse la gente o para no entenderse.

Sí puedo decir que desde 1936 soy otra persona, otra mujer. Después de la guerra hubo algo más gordo para influir en mi personalidad, que fue la llamada paz. Tampoco soy la misma mujer que acabó la guerra en 1939. Tampoco. Ahora lo que pasa es que, gracias a Dios, yo con toda mi alma estoy exenta de rencores. No he tenido nunca deseo de ninguna venganza. El que ha hecho lo que creía que tenía que hacer allá él con su conciencia, como yo con la mía. Tenemos todos un juez y a él iremos todos. Yo no tengo ningún rencor, ahora pienso que daría mi vida en este mismo momento porque no volviera a ocurrir.

Cuando concluyó la guerra mi marido estaba en la cárcel de Baza con su hermano, que era monárquico y marino. Antonio había sido el jefe de una Emisora del Frente Popular. Entonces, como hubo ese jaleo de los unos y los otros ¡yo que sé! el lío ese que se armó al final, pues acabaron los dos hermanos juntos en la cárcel. Esas cosas tan divertidas y tristes. Yo estaba en Valencia, estudiando en la Universidad, yo había soñado siempre con ser licenciada o doctora en Filosofía y Letras. Aproveché mi carrera de maestra, porque como nos obligaban a que los maestros o los bachilleres ocupáramos una escuela o ejerciéramos durante la guerra nuestros estudios, yo encontré que por vez primera en mi vida podía hacerme algún bien, apartándome de la lucha y estudiando. Cuando acabó la guerra no me sirvió de nada lo que había estudiado. Y una oposición que hice a Archivos tampoco. Nada. Acabé la guerra allí, en Valencia y me vine a Madrid con Amanda Junquera, porque Cayetano Alcázar, catedrático de Historia de la



Universidad de Murcia, que había sido profesor en la Universidad Popular, acabó la guerra al lado de mi marido en Baza. Me vine a Madrid. Mi madre estaba en Murcia, donde la había llevado para que los bombardeos de Cartagena no la afectaran, a casa de la profesora del Conservatorio doña Estanislada Martínez, a la cual parece que en determinado momento, como el Conservatorio dependía del Municipio, alguien la amenazó, le hizo algún mal a esta señora porque tenía a mi madre en su casa.

Mi marido, cuando salió de la cárcel con su hermano —el uno liberado por los unos, y éste por su hermano—, se vino a Murcia a esperar dar nuestras responsabilidades ante la Suprema Justicia que siguió a la guerra. Pasados los años nos explicamos, nos sobreyeron nuestros expedientes, él siguió su carrera, interrumpida por todo aquello, y se doctoró en la Universidad de Madrid. Fue profesor de Literatura Hispanoamericana, fundó el Seminario Archivo Rubén Darío... ¡En fin!... Yo seguí a su lado, y seguí trabajando un poquito en el Consejo de Investigaciones, otro en la Universidad Complutense, siempre modestamente; nunca tuve ningún cargo importante antes, ni después tampoco. Lo primero para mí es mi libertad personal, poderme dedicar a escribir y a hacer lo que me de la real gana. Y no he querido aceptar nunca nada que comprometiera mi manera de ser.

LA UNIVERSIDAD POPULAR DE CARTAGENA

¿La Universidad Popular?... Durante cinco años trabajamos auxiliados por otros compañeros y amigos de la ciudad. Catedráticos de España que venían graciosamente sólo porque les gustaba lo que hacíamos por la cultura popular... ¿Nombres concretos?... Pues, don Angel Osorio y Gallardo, hombre muy gordo y muy importante; Manuel García Morente, decano de la Facultad de Madrid; María Martínez Sierra; casi todos los catedráticos de la Universidad de Murcia; Miguel Hernández, que no era catedrático, era algo mucho mayor: poeta. Clases, biblioteca infantil y cine infantil —que fue el primero que se fundó en España—; clases para adultos analfabetos; archivo de la palabra; otro archivo de música clásica; concursos de fotografías; misiones pedagógicas; coloquios... No teníamos dinero; al Ayuntamiento de Cartagena nunca le interesaron estos temas de cultura, y la Diputación Provincial, alguna vez en un rapto de locura, nos dió alguna pequeña cantidad. Nos movíamos dentro de un marco económico muy estricto...



Es muy difícil, cuando se ha vivido aquí entre nosotros, tener la perspectiva necesaria para apreciar con objetividad nuestra cultura, nuestro arte. De un amigo de Lorca, Cartagena, Murcia, de la región, lo que se aprecia es su amistad, sus valores personales. Si encuentras algún defecto o alguna alteración de su carácter no se debe ver como característica regional; es simplemente un malhumor pasajero. La primera noticia que yo tuve de Murcia es un refrán que me dijeron con mala intención: "Mata al Rey y vete a Murcia". Yo quise desentrañar el sentido de aquello y encontré que significaba la lealtad, el sentido de la hospitalidad y defensa contra la injusticia que se puede cometer desde el poder. Me di cuenta que somos unas gentes apasionadas.

Muchas veces nos embarcamos idealmente en unas empresas tumultuosas que creemos poder hacer, y hablamos y hablamos de ellas. Luego, nada. Esa es también una característica muy nuestra. Otra es netamente española, es decir, peninsular: la envidia. Aquí cuando un hombre o una mujer se levanta medio palmo más en el criterio general, procuran minarle el suelo para que caiga en tierra. No nos gusta que haya gente de mayor altura. Nos gusta que estén todos al mismo nivel. Este es un vicio muy nuestro...

Pero la amistad yo la defenderé hasta la muerte entre nosotros. No solamente porque la he experimentado hacia mí, sino porque yo misma la he sentido —y la siento— hacia los demás.

La hospitalidad también es cosa muy nuestra, como los moros. Aquí, por muy enemigo que seas, tú entras en casa de un tío y te respeta y te sienta a su mesa. Ahora, cuando estés un poquito lejos de su tienda no sabemos lo que pasa. Esto ocurre con los moros, no con nosotros, que en general aún estando lejos de la casa se respeta.

Los hombres y mujeres de esta región creo que somos como todos, con todas las contingencias, favorables y desfavorables, de los demás. Pero lo que más nos caracteriza es nuestra facundia para embarcarnos en unas empresas ideales y... ¡haré! ¡haré!... Y luego, pues tenemos una pereza milenaria. Somos un poco como aquello que decía Manuel Machado: "Tengo el alma de nardo del árabe español", lo de nardo no me acaba de gustar pero lo de la pereza que indica ese poema sí, "soy de la raza mora, vieja, amiga del Sol... / que todo lo ganaron y todo lo perdieron". Y es que esto también es vejez, porque nosotros somos gente muy antigua que estamos de vuelta de muchas cosas, que lo hemos vivido todo, lo bueno y lo malo;



en el fondo de nuestro espíritu hay cierta sorna y cierta ironía hacia las cosas, y por lo tanto no nos damos prisa. “¡Qué prisa tiene usted! ¿Dónde va tan ligera?”.

Yo recuerdo que el piropo más hermoso que he recibido en mi vida fue de un carbonero que había en la esquina de mi calle, que el tío estaba todo tiznado pero que tenía unos ojos verdes que eran una maravilla. Un día le dijo a mi madre al verme pasar: “Señora, su hija es el viento”. Yo no he tenido un piropo más hermoso en mi juventud que el del carbonero. Tenemos capacidad de admiración, y hay otra cosa nuestra que es perfectamente mediterránea, el amor por la belleza. El amor por la belleza física. Quizás a veces más que por la moral, en esta nos fijamos tal vez menos. O algunos se fijan menos. Nos gustan las personas hermosas, nos gusta la curva, que también es símbolo de la divinidad, la esfera... Yo, yo creo que ¡somos perfectos!

Pero hablando ahora más en serio hay que pensar que nosotros llegamos a la ética por la estética. Hay un sentido del paisaje. Hay un sentido de la naturaleza, de la belleza de las personas y las cosas. Buscamos que nuestra palabra se acerque lo más posible a aquello que admiramos, sabiendo que no lo lograremos nunca en la dimensión en que las cosas son. Pero tratamos de acercarnos con nuestro arte a las hermosas cosas de la naturaleza... Hay que pensar en Gabriel Miró, que ahora nadie lo recuerda; él, aunque fuera alicantino, no hay que olvidar que tenía raíces murcianas, y que vino mucho por Cartagena y mucho por Cabo de Palos. Es la hermosura de la imagen, la hermosura de la palabra. Pero si en él a veces está desprovista esa palabra de un contenido metafísico no lo está en la mayor parte de nosotros.

Pienso ahora en un autor murciano, José Luis Castillo Puche. Yo he leído casi todo lo suyo, pero nunca lo había visto como es él. Pues él es una de las interpretaciones de nuestra manera de ser. Ese libro último suyo, “El libro de las visiones y las apariciones”, es una maravilla; me ha herido de belleza, estética, ética... Y es que fundamentalmente, en muchos de nosotros, por la estética conseguimos una presión metafísica indiscutible. Y a mí me ha preocupado mucho lo metafísico, siempre...

Recuerdo ahora una vez que estaba yo con mi madre siendo yo chiquitísima en la calle de la Palma. Allí había una tienda en una esquina y mi madre pedía cosas y el tendero le daba cosas, y entonces yo me di cuenta de la importancia de los nombres. El nombre, las palabras...



Y, por último, algo que no podemos olvidar de esta región es la luminosidad, que también es indiscutible. Y el amor. El amor y el gusto por la vida. La delicadeza en el aprecio... Los sentidos nuestros están muy abiertos; lo que vemos, lo que olemos, lo que oímos, lo que gustamos. Nos gusta la naturaleza, la saboreamos. Somos ella. Cuando Dios hizo el mundo juntó muy bien en esta región el alma y el cuerpo.

(Ahora, cuando he concluido de transcribir esta conversación con Carmen Conde, que yo he intentado que sea y aparezca sólo como monólogo, porque sus monólogos son siempre diálogos con lo más humano y bello, Carmen Conde prepara en Madrid su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua. Acaba de regresar de un viaje al Canadá. En Murcia el verano está llamando a la esquina del almanaque, se presiente. Durante muchos años, en el buen mes de septiembre Carmen Conde se acerca al Mar Menor y pasa allí unos días. Junto a las cintas magnetofónicas, a las notas, tengo en mi mesa de trabajo los libros de Carmen Conde. Cojo uno y abriéndolo al azar leo:

“Si se acierta a resumir en un solo latido el mundo,
sólo Dios basta.

Si conociendo el amor en su vasta extensión se agota,
sólo Dios basta.

Sólo basta Dios al que le busca hambriento
en su magna extensión humana,
en su resonante oceanía, en su húmeda selva,
en su escueta serranía hispida.

Sólo Dios basta cuando se sabe, hasta la cruz, amarle
en cada creación suya”.

).





*Nunca encontré presencias invisibles
acorralándome.*

*Caminábamos a la plena luz
del Sol.*

C. C.

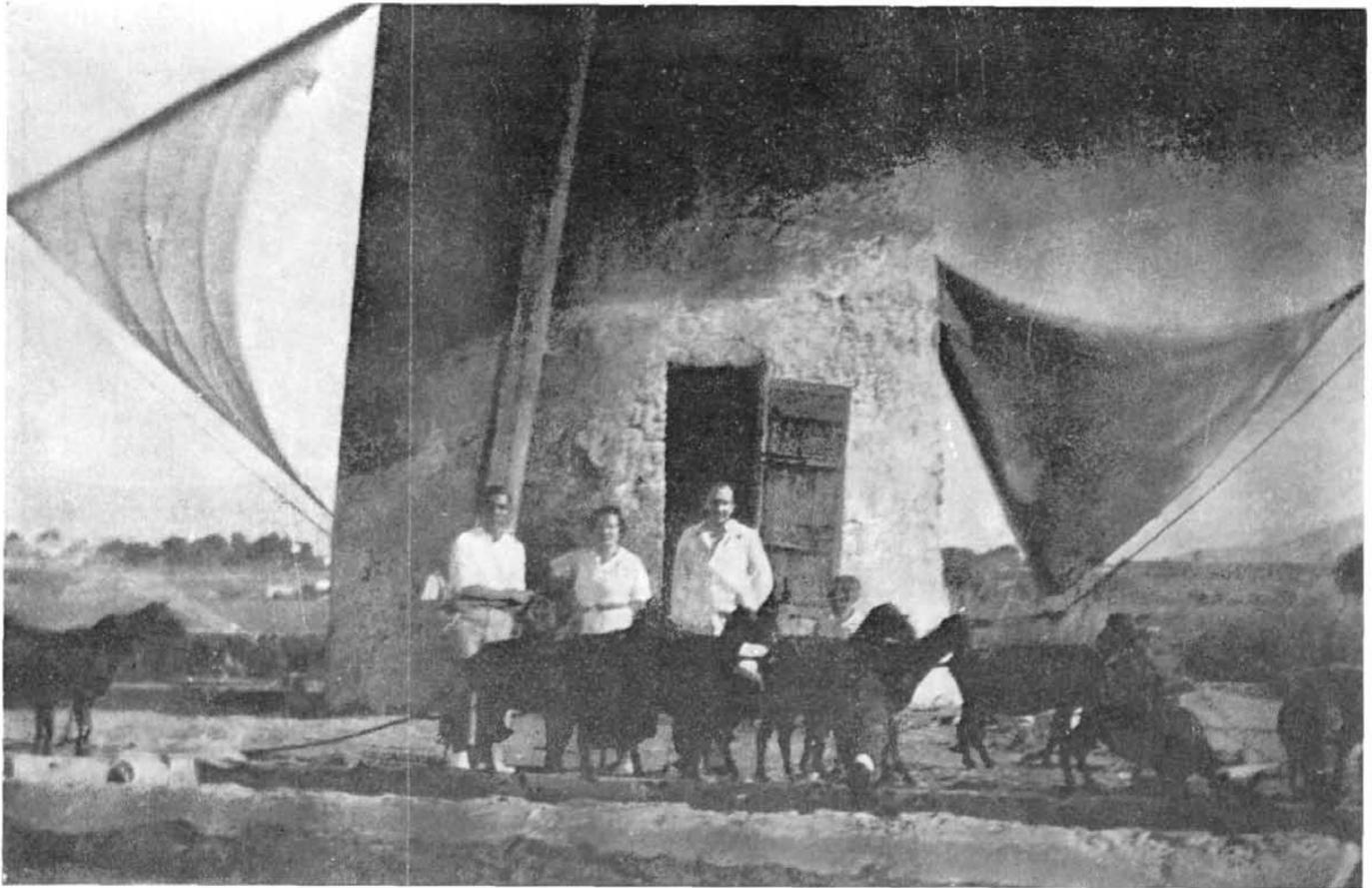


...porque, a ojos cerrados, te tengo en mí.
C. C.



*No pienso ni deseo; desligada contemplo
cómo se me van las noches
de mis ojos abiertos.*

C. C.



(Miguel Hernández, Carmen Conde, Antonio Oliver)

*...y nadie sabe
si permaneceré aquí sola
hasta que vuelvan ellos.*

C. C.